



REPORTAJE GRAFICO: MITXI / IÑAKI ANDRÉS / NURIA GONZÁLEZ / EFE



Inseguro. Las manos también hablan. Y López suele mostrarlas visiblemente inquietas. Como si le molestaran. Su mano izquierda pegada al estómago es un signo de protección, apoyo y cautela frente a los demás. En las fotos oficiales, esconde sus manos tras su espalda en una muestra de timidez, inquietud y cierta inseguridad.

Indeciso. Si las palabras van por un lado y la cara por otro, no lo dude. Perder la mirada o morderse los labios son gestos que indican duda, incomodidad o contención.

Un lehendakari encorsetado

Un año después de hacerse con las riendas del Gobierno vasco, una reflexión acerca de su imagen pública revela las inseguridades y debilidades de Patxi López

ANÁLISIS

YURI MOREJÓN

Al final nos quedamos con imágenes, sensaciones, impresiones. Percepciones. Las palabras se interpretan, se pierden o se olvidan. Las imágenes hablan más que las palabras, generan menos dudas, las recordamos mejor. Más tiempo. Porque nos dan más información.

Hay silencios que hablan por sí solos y palabras que callan por sí mismas. La política no es una excepción. Si existe contradicción entre lo que uno dice y lo que uno hace, entre el qué y el cómo, no hay duda, nos quedamos con lo segundo. Juzgamos más por los ojos que por las palabras. Y es que es muy fácil mentir con la boca, pero hay que ser muy buen actor para saber mentir con el cuerpo.

Lo importante de los políticos es su mensaje, sus medidas, sus propuestas. Su gestión. Su eficacia, su eficiencia. Pero qué duda cabe que una pose, un tic o una imagen a destiempo pueden generar más portadas, críticas y comentarios que sus propias declaraciones.

En comunicación, a veces las palabras son lo de menos. Gestos, guiños o sonrisas entrenadas que buscan humanizar la figura de los políticos. Ganar en credibilidad. O todo lo contrario si los gestos –en su mayoría involuntarios y por tanto difi-

ciles de controlar– revelan nerviosismo, inseguridad, despreocupación o falsedad.

A lo largo de estos primeros 12 meses de mandato, el lehendakari López ha comparecido en multitud de escenarios. Recibimientos, visitas, discursos institucionales, mítines, intervenciones parlamentarias, comparencias ante los medios... En la gran mayoría, las mismas señales. Un cuerpo transmitiendo valiosa información a través de gestos, posturas, miradas y movimientos muy particulares.

1 Su cara.

López pierde con la risa y gana con la sonrisa. Con ella transmite serenidad, empatía, proximidad. Pero rara vez arquea una. No siempre fija la mirada o establece contacto visual con su interlocutor, lo que proyecta una mirada entristecida en algunos discursos y perdida en muchos planos de escucha. En las entrevistas tiende a desviar la mirada hacia la derecha, según los psicólogos, el lado de la creación, de la invención... también de la improvisación. Con frecuencia, aprieta los labios en un signo de contención, de duda, de indecisión. Su arqueado descompensado de cejas le da imagen de incredulidad. Por eso López soporta peor los planos cortos.

2 Sus manos

Son, junto a la cara, las mayores deladoras de nuestro estado de ánimo,

de nuestro carácter, de nuestros sentimientos, de nuestras reacciones ante todo tipo de públicos y escenarios. En los mítines, discursos y entrevistas, Patxi López las mueve de manera acompasada... en ocasiones arrítmicamente, pero las controla. Y pese a ello le saca poco partido a unas manos por cierto gruesas que, bien conducidas, le aportarían mayor aplomo y convicción a sus intervenciones. Sin embargo, ante los recibimientos, saludos, posados y fotografías

en público, tan propios de su cargo, el lehendakari desvela con su cuerpo su lado más inseguro, más tímido: se lleva inevitablemente las manos a la espalda. Las oculta. Un gesto que corre el riesgo de interpretarse también como un indicador de arrogancia o de pasotismo.

No se trata sólo de una cuestión de fotogenia. Ver las manos de los protagonistas aporta transparencia, seguridad, franqueza y credibilidad al protagonista. Inconscientemente, pensamos: «No tiene nada que es-

conder». Sea como fuere, lo cierto es que López, a través de su lenguaje no verbal, deja entrever que no se siente cómodo siendo el objetivo principal de los fotógrafos.

Su lenguaje corporal es un aspecto que tiene que matizar, corregir, entrenar... y controlar, ya que además es bastante común verle llevarse una de sus manos al botón de la chaqueta en otro gesto que confirma y delata cierta contención, duda, nerviosismo e incomodidad en su perfil más público.

3 Su imagen

No parece el mismo cuando se viste de casual para un mitin o reunión de su partido. Es entonces cuando se le ve más cómodo, menos encorsetado, más natural. Más convincente. El traje parece pesar-



> ANIVERSARIO DEL CAMBIO



Los análisis



Despreocupado. Son tiempos difíciles. Se deben cuidar al máximo las poses. Una risa exagerada no ayuda a transmitir dedicación, esfuerzo o preocupación. La risa sirve, en ocasiones, de escudo con el que intentamos ocultar nuestros verdaderos sentimientos. Nervios, incertidumbre, angustia o ansiedad. En política, mejor que reír es sonreír.

le y por su entalle tampoco le estiliza la figura a un lehendakari que, pese a sus 50, se conserva muy bien físicamente. No duda en usar camisa blanca en sus compromisos de partido y azul en los de gobierno. Con un detalle, tiende a repetir su corbata *amuleto* (azul con puntos blancos) en aquellos actos visiblemente más trascendentales. Su flequillo sigue despistando y con frecuencia su timidez le impide mostrarse más seguro y autoperfónico.

4 Su comunicación

López ha evolucionado como comunicador. Suele mostrarse sereno, pausado y equilibrado. Juega

Y SERENO. Una sonrisa seduce, ilumina, embellece, contagia, enternece, aproxima y convence. / JUSTY GARCÍA



bien con las pausas y sabe variar el tono de voz y el ritmo de su discurso. Su indudable fonogenia le ayuda a dar mayor eco y atención a sus intervenciones, aunque sus reiteradas miradas al suelo o al papel al final de cada frase le restan credibilidad. Como tantos otros políticos, el lehendakari gana en la distancia corta y pierde en los atriles. Su balanceo es corregible. Se muestra moderado en las formas y disciplinado en el mensaje, normalmente poco profundo, pero bien estructurado. Emotivo, cercano. Es fácil establecer comparaciones con Zapatero, sus estilos y perfiles comunicativos vienen de la misma escuela.

En este año de gobierno, López ha regalado también polémicos posados que generaron debate. En definitiva, que lo pusieron innecesariamente en la picota. Centró, protagonizó muchas críticas –en vez de amortiguarlas a través de su Gobierno– con instantáneas que tampoco parecían la mejor forma de comunicar preocupación, trabajo y dedicación en tiempos difíciles.

Y ésta es otra de sus asignaturas pendientes. Mostrarse más activo, controlar esa gestualidad demasiado tranquila, aparentemente contemplativa. Lo que puede confundirse con indiferencia. Sobre todo porque el gesto se convierte hoy en fotografía. Ésta en noticia. Y la anécdota en el recuerdo. En la síntesis de lo que proyectas.

Un lehendakari que necesita entrenamiento. Para sentirse y mostrarse cómodo. Natural, espontáneo. Más humano, menos político. En suma, más creíble y confiable. Sin esto, el resto no funciona.

Yuri Morejón es asesor de comunicación política y director de Yescom Consulting.



A CONTRAPELO

SANTIAGO GONZÁLEZ

Un pacto con problemas

El 21 de mayo de 2009, 16 días después de su toma de posesión, el lehendakari López se vio obligado a hacer frente a una huelga general convocada por ELA, LAB y otras expresiones menores del sindicalismo abertzale, que protestaban *Contra la destrucción de empleo*. Nunca un gobernante se había visto sometido a tales prisas. Nunca hubo en la historia de España, dicho sea con perdón, sindicatos tan diligentes, sin querer ya compararlos con CCOO y UGT, que han recibido con impresionante entereza una tasa de paro del 20,05%.

Aquel día la televisión pública vasca mostró en su *Teleberri* las noticias del seguimiento de la huelga. Un piquete informativo entraba al establecimiento de El Corte Inglés en la Gran Vía de Bilbao. Junto a ellos, dos agentes de la Ertzaintza, que permanecieron allí mientras los huelguistas cumplían estrictamente su tarea informativa, dando a conocer a los trabajadores la buena nueva de la huelga general. Una vez terminado el parlamento, los ertzainas acompañaron a los miembros del piquete hasta la calle y allí acabó la escena. Era la primera vez que la Policía autonómica cumplía con su deber en una huelga ante las cámaras de la televisión: garantizar el derecho de los huelguistas a hacer su llamamiento y la libertad de los trabajadores para secundarlo o no.

Cuando ha pasado un año de la investidura de Patxi López, cabe hacer una reflexión general. Euskadi se ha instalado en la normalidad, abandonando el debate identitario que forma parte inseparable del discurso nacionalista, muy especialmente durante la década Ibarretxe. La Ertzaintza ha superado su condición de símbolo del autogobierno para implicarse en la persecución de etarras y en la recuperación de los espacios públicos para convivencia. El pase del PNV a la oposición no era un signo apocalíptico. Éste ha sido un descubrimiento universal: lo han hecho a la vez gentes del partido que gobierna y casi todo el principal partido de la oposición.

Euskadi había sido la reserva española del conflicto desde el comienzo de la transición hasta marzo de 2009. En el último año, el acuerdo PSE-PP que permite al primero gobernar en solitario, ha convertido al País Vasco en la excepción de convivencia frente al resto de España, que parece haber copiado lo peor de nuestro anterior modelo.

El cambio ha sido administrado en general con prudencia, tanto en la gestión, como en relación con el principal partido de la oposición. Sin embargo, transcurrido el primer cuarto de la legislatura, cabe preguntarse si el acuerdo por el que el PP aporta los votos de sus 13 parlamentarios al partido que gobierna es un pacto con futuro.

Hay algunos problemas. Fue este un pacto indeseado para sus principales beneficiarios. Su aspiración de superar al PNV en escaños y gobernar en coalición con él no se produjo y no cabía esperar que aceptase el papel de segundo en un Gobierno de coalición con cinco escaños. Los socialistas no están contentos con un acuerdo de gobierno en el que sólo han cedido a su socio imprescindible la Presidencia

del Parlamento Vasco. Es una coalición que les da todo el poder y sin embargo la asumen de manera vergonzante.

Deberían comprender que esta es la principal razón de que dos tercios de los ciudadanos vascos no vean con buenos ojos el acuerdo PSE-PP. No se han atrevido a hacer pedagogía del pacto entre los suyos. Nadie enciende una vela para esconderla bajo un celemin, dice el Evangelio de San Mateo.

Lo que le decía Clint Eastwood a Eli Walach: puedo descansar tranquilo, *Tuco*, porque sé que mi peor enemigo vela por mí. No parece que la experiencia haya sido negativa para sus dos protagonistas principales: Patxi López y Antonio Basagoiti, pero hay dificultades para reeditar un acuerdo necesario para consolidar el cambio, a saber: Zapatero necesita el apoyo del PNV en el Congreso y el partido-guía se lo cobrará en moneda que debilite el pacto de Gobierno en Vitoria, un suponer, el retraso de las transferencias de empleo. No sé si Erkoreka



López, ya lehendakari, tras su toma de posesión en Gernika. / CARLOS GARCÍA

Los socialistas no están contentos con un acuerdo de gobierno en el que sólo han cedido la presidencia del Parlamento Vasco

fuma y puede ser invitado a otra noche de cigarrillos largos, como Artur Mas, pero López quería ser el Maragall de Euskadi, no diré más. Hay dudas razonables de que el pacto pueda sobrevivir a la confrontación sin descanso que el PSOE y el PP van a vivir hasta 2012. Tampoco es probable que el PP pueda repetir su apoyo *gratis et amore* a un gobierno monocolor del PSE, so pena de devaluar la representación de sus votantes. El PSE tratará de superar al PNV para cambiar de socio. Lo demás está en función de lo que pase en 2012, si no se acorta la legislatura.